

Una pasión que mueve montañas



por Norberto Laterza
nlaterza@revistapalermo.net

Estamos de acuerdo en que cuando la vocación es muy fuerte, el ser humano intenta seguir hasta cuando no se puede, trabajando en lo que ha sido la razón de su existir, porque de alguna manera es lo que le ha dado lo que todos los que pueden buscan, la felicidad y la aceptación de uno mismo.

Hay quienes lo logran y los que intentan lograrlo toda su vida y no lo han conseguido, pero que en el camino recorrido quedan con la satisfacción de haberlo buscado. Esto es lo que define para que estamos en este mundo.

Sin embargo, en el turf suceden cosas que visto desde afuera parecen irracionales aunque no lo sean. En este espectro aparece una profesión que involucra tanta pasión como peligro, y es la de jockey.

Es cierto que en cualquier ámbito de la vida el solo hecho de ir para adelante supone riesgos que no pueden ser calculados a priori y deja un amplio espacio para que el azar lo ocupe. ¿Es inconciencia, falta de responsabilidad con uno mismo y los que lo rodean, necesidad de recursos o cualquier otra cosa que pueda pensarse?, nada de eso, es simplemente pasión porque lo que se hace. Un deportista puede lesionarse, un político ser amenazado continuamente o un médico haber cometido mala praxis y un sinfín de probabilidades más que puedan incidir desfavorablemente en su vida, pero habrán seguido lo que su vocación les pedía.

En el caso de los jinetes, lo que prevalece es su pasión por el caballo, con variantes que se pueden calificar como cuestiones económicas, herencias familiares, amigos, etc. Aunque vale la pena afirmar que quienes no comienzan con tanto amor por lo que hacen lo van incorporando a medida que pasa el tiempo.

Cuando uno se pregunta por qué siguen arriesgando su cuerpo subidos a un animal de 450 kilos, más o menos que corre una competencia a 60 o 70 kilómetros por hora rodeado por otros que también luchan como él por llegar primero a la meta, la única explicación válida es por su inmensa pasión por lo que hacen. Nada, ni las quejas de su familia, ni los consejos de sus seres queridos y ni siquiera el regaño de sus esposas surte el efecto esperado por que no pueden dejar de hacerlo ya que aplican la ley del corazón sobre la del cerebro. De otra manera resulta difícil explicarlo, pero no tanto entenderlo cuando se los ve felices montado a los pura sangre en los entrenamientos y corriendo en los hipódromos.

Y menos se entiende cuando sufren un accidente como una rodada quebrándose algunos huesos y están esperando ansiosamente el momento de la recuperación para volver a correr.

“Mientras el cuerpo aguante” se los escucha decir convencidos que nada ni nadie les quitará la oportunidad de hacer lo que hacen. No es que todos los días tengan algún accidente ni que la historia del turf tenga tan larga lista como por ejemplo los corredores de autos, el box, etc., pero lo llamativo es su coraje para seguir.

Ser jockey es tener muy claro lo que les puede pasar en cualquier momento, también la mala fortuna de no ser reconocido, de no tener las montas que necesitan y recibir silbidos o reproches del público, de los entrenadores y de los propietarios. Sin embargo continúan levantándose a la madrugada para trabajar a los caballos, esperar sentados en algún lado para que un cuidador le pida que monte algún pupilo, en mañanas donde el verano o el invierno son impiadosos con ellos.

Pero siguen y todos los años surgen nuevos, y todos los años alguien se cae y se lastima, y todos los años rinden exámenes de capacidad para poder llevar el pan a sus casas.

Y hay gente que todavía los putean.